

BUILDING A HAPPY FAMILY: LA VIDA PERDURABLE, BY JUAN GARCÍA PONCE

ALFREDO PAVÓN

ORCID.ORG/0000-0002-8707-8577

Universidad Veracruzana

Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias

pavron@yahoo.com.mx

Abstract: *Under the influence of androcentrism, La vida perdurable of Juan García Ponce was plotted. Although differently, each of the families and couples in this novel responded to this influence. According to the perspective of the Yucatecan narrator, androcentrism has a negative visage—exemplified by Virginia's parents—, and a happy one—represented by the other families and couples—; that difference determined the dark or luminous destiny of each group, those of the latter awarded with lasting life.*

KEYWORDS: ANDROCENTRISM; HETEROSEXUAL COUPLE; HALF CENTURY GENERATION; ENDURING LIFE; MEXICAN NOVEL

RECEPTION: 30/06/2022

ACCEPTANCE: 19/09/2022

CONSTRUIR UNA FAMILIA FELIZ: *LA VIDA PERDURABLE*, DE JUAN GARCÍA PONCE

ALFREDO PAVÓN

ORCID.ORG/0000-0002-8707-8577

Universidad Veracruzana

Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias

pavron@yahoo.com.mx

Resumen: Bajo la influencia del androcentrismo, Juan García Ponce tramó *La vida perdurable*. Cada una de las familias y de las parejas de esta novela respondieron a dicho influjo, aunque de manera diferente: según la perspectiva del narrador yucateco, el androcentrismo tiene un rostro negativo –ejemplificado por los padres de Virginia– y uno venturoso –representado por las demás familias y parejas–; esa diferencia determinó los destinos oscuro o luminoso de cada grupo, premiado este último con una vida perdurable.

PALABRAS CLAVE: ANDROCENTRISMO; PAREJA HETEROSEXUAL; GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO; VIDA PERDURABLE; NOVELA MEXICANA

RECEPCIÓN: 30/06/2022

ACEPTACIÓN: 19/09/2022

¿Por qué y cómo se aspira a una existencia perenne? Esta interrogante parece haber sido la base narrativa de *La vida perdurable* (1970), novela de Juan García Ponce apenas mencionada por la crítica,¹ en cuya trama la pareja protagonista alcanza la plenitud amorosa y la felicidad compartida con los otros. Lo anterior la convierte en el antecedente inmediato de otra novela breve con clausura venturosa: “La gaviota” —publicada en *Encuentros* (1972)—, aunque, en ésta, plenitud amorosa y felicidad no se socialicen. Tal cimiento narrativo sugerirá que el trinomio lugar/identidad/amor es indispensable en la aspiración de la existencia perenne.

La respuesta a por qué se anhela esta existencia se halla en las siguientes palabras de Sigmund Freud: “el hombre se esfuerza por conquistar la felicidad y alejar el sufrimiento” (2004: 26). Otra razón más aparece en las reflexiones de Octavio Paz —poeta y ensayista con quien García Ponce mantuvo muchas afinidades—: “Los hombres aspiran a la felicidad y la quieren para siempre. El deseo de belleza, propio del amor, es también deseo de felicidad; y no de felicidad instantánea y percedera sino perenne” (1994: 43). Así, pues, en *La vida perdurable*, la bienaventuranza es un motor vital y una ilusión que los personajes concretan a su manera. La forma en la que cada uno de ellos materializa su búsqueda de la felicidad se vuelve el alma y el cuerpo de esta novela breve.

Detrás de los deseos y proyectos del par protagónico de *La vida perdurable*, se encuentra la pretensión de construir una familia feliz a partir de la fundación previa de una relación firme y amorosa. Los cimientos de ese anhelo se hallan en dos tipos específicos de familia² —engendrados, a su vez, de ciertos modelos de pareja e individuo—: la conyugal y la consanguínea, ambas alimentadas por el sistema androcéntrico, cuya concepción González Vázquez sintetiza con pertinencia:

¹ En varios acercamientos críticos a la obra de García Ponce, ni siquiera hay referencias a ella (véase Rivas Vélez *et al.*, 1998, y Díaz y Morales, 2006). Alusiones a *La vida perdurable* pueden hallarse en Gliemmo (1997: 169), Moreno-Durán (1997: 180), Magaña G. Cantón (2015: 24) y Pavón (2015: 126).

² Éstos parten de un tronco común, es decir, del concepto de *familia*: “una organización de diversos individuos basada en un origen común y destinada a conservar y transmitir determinados rasgos, posiciones, aptitudes y pautas de vida físicas, mentales y morales” (Schrecker, 1978: 277).

[...] el androcentrismo existe cuando el hombre, lo masculino o la masculinidad son considerados la medida de todas las cosas; cuando las acciones individuales reflejan perspectivas, intereses o valores masculinos; cuando el hombre, lo masculino y la masculinidad son considerados fuente única o primordial de sabiduría y autoridad, o cuando las experiencias masculinas son las preeminentes, las normativas, las imitables, las deseables, etc. (2013: 493)

Si bien, en García Ponce, “el principio de la supremacía de lo masculino sobre lo femenino” (González Vázquez, 2013: 494) no da paso al patriarcado³ ni conlleva factores negativos íntimamente ligados al androcentrismo, como “misoginia, sexismo, machismo, marginación, represión, violencia física y simbólica, etc.” (494), tampoco deja de ser un principio de poder y desigualdad que afecta a las familias conyugal y consanguínea de *La vida perdurable*.

Si se asume a la familia conyugal como “un grupo íntimo y fuertemente organizado compuesto por los cónyuges y los descendientes” (Linton, 1978: 8) o, en otras palabras, integrado “por padres e hijos” (Parsons, 1978: 32), todos los grupos familiares de la novela pertenecerían a dicha estructura de parentesco; si, por otro lado, se acepta a la familia consanguínea como un externo “grupo difuso y poco organizado de parientes consanguíneos” (Linton, 1978: 8) de la esposa o del esposo –ya en línea ascendente (bisabuelo, bisabuela, abuelo, abuela), ya descendente (nietas, nietos, bisnietas, bisnietos), ya colateral en primer grado (hermanas, hermanos), ya colateral en segundo grado (primas, primos)–, las familias del dúo protagónico pertenecerían a este conjunto de parentesco, además de que, claro, mantendrían su estatuto de familia conyugal. Estas estructuras de filiación permearán en el diseño de los personajes de la obra, tomando de cada una de ellas sólo lo positivo –salvo en el caso de la familia de Virginia, ejemplo único de todas las negatividades–, lo que redundará en familias, parejas e individuos ideales, sin máculas, pese a que el par protagónico caiga en pasajes de desasosiego, prontamente

³ Ralph Linton describe a la familia patriarcal en estos términos: “Se componía de un grupo de mujeres y de jóvenes dominados por un varón viejo, irascible y altamente celoso” (1978: 7). González Vázquez comenta que se trata de un “sistema social o de gobierno basado en la autoridad de los hombres de mayor edad o de los hombres que han sido padres –o, más bien, de los varones que tienen hijos, preferentemente varones, que forman una parte importante de su capital simbólico” (2013: 491).

enfrentados y resueltos. Así, la construcción de una familia feliz en *La vida perdurable* tenía el terreno abonado.

En principio, aunque en el núcleo íntimo del protagonista sí existió una autoridad en torno de la cual los demás integrantes se organizaron y convivieron —el ya fenecido padre—, ésta no correspondió con la del patriarca dictatorial e irascible, ostentador de la última palabra respecto de cualquier asunto —como sí lo fue el papá de Virginia—, sino con la del padre dialogante, flexible, calmo y dispuesto a exponer sus razones, así como a oír las de los otros en relación con todos los conflictos o proyectos por cumplir. Después, en las otras familias —excepción hecha, nuevamente, en la de Virginia—, dicha autoridad no existe; cada unidad familiar forma una democracia partidaria de la libertad, el respeto y la igualdad —salvo cuando se trata del aliño doméstico—. Finalmente, si en el núcleo familiar de Virginia imperó el poder patriarcal, la sumisión femenina, la furia, la inflexibilidad, la ausencia de solidaridad y la orden irrefragable, en las otras familias se cumplió cabalmente con la fidelidad amorosa y sexual; la provisión de alimentos y bienes;⁴ el aseo doméstico;⁵ el cuidado físico, psicológico, ético, moral y afectivo de cada integrante; la solidaridad con los planes del otro; la educación de los descendientes, y la interacción grata y tierna, con altísimas dosis de libertad y confianza. Cada familia de la novela —excepto la de Virginia— se guía por el fundamento del amor y la búsqueda de la felicidad, dejando en suspenso el propósito reproductivo.

⁴ Si bien en la novela no se especifica quién es el proveedor, puede suponerse que se trata del varón debido a dos ejemplos: 1) en la familia del protagonista, el padre asumió tal rol y, al morir, fue relevado por el hijo, mientras que, 2) en la familia de Virginia, el patriarca también desempeñó dicha función, aunque cobró el mantenimiento con su autoritarismo.

⁵ Según los datos provistos por la narración, tenemos los siguientes acuerdos en cuanto a la limpieza del hogar: en la familia de Virginia, la esposa se encarga del aseo, pues el patriarca no puede ser molestado con “minucias”; en la del protagonista, también se dejan esas labores a la esposa, como lo revela la convivencia con su hijo y con Virginia; mientras que, en la del par protagónico, Virginia es la encargada, según se desprende de sus tareas en el hogar del hermano y en el del esposo, si bien en este último ámbito tendrá el auxilio de la servidumbre. De las otras dos familias poco informa el narrador respecto al aliño doméstico, como tampoco lo hace en referencia a la provisión de alimentos y bienes, pero, si seguimos las circunstancias de las otras tres familias, serían las esposas quienes se encargarían de ello, aunque quizá —especulamos— con el apoyo del esposo.

Sin datos sobre su estirpe, “los amigos comunes” de la pareja protagónica (García Ponce, 1997: 214)⁶ ejemplifican la vida conyugal plena y perdurable, pues han fundado un hogar donde, además de las continuas fiestas para los amigos, el “dos” se ha vuelto “uno” –como bien lo marca el hecho de que el narrador se refiera a ellos como un conjunto: “los amigos”–, si bien salvaguardan su respectivo ser único e intransferible. Nada se indica sobre su sexualidad ni sobre su erotismo, pero deben ser, cuando menos, satisfactorios y ajenos a la obligatoriedad de la procreación –ya fuese un acuerdo o no–, lo que impone una condena: al carecer de descendientes, la fundación del hogar no tendrá continuidad. Parecen compañeros ideales del amor de pareja, con su carga de libre elección, sentimiento, sensibilidad, deseo, respeto mutuo, permanencia, fidelidad, exclusividad y proyectos de vida en común, entre los cuales destaca el gusto por la fiesta –entendida como la “entrada en el gran todo colectivo”, donde “el yo se vuelve un nosotros” (Paz, 1994: 204)–, y del amor altruista, cuyo objetivo consiste en “fundirse con los demás en una comunidad” (Freud, 2004: 86). Amor, festividades y altruismo los han llevado a un estado pleno resguardado por el hogar: alegre recinto protector donde imperan sobreentendidos conductuales, gestuales y lingüísticos; donde convergencias y divergencias de pensamiento y acciones se intercambian; donde la intimidad se resguarda celosamente y la privacidad abre puertas a los otros con la finalidad de hacerlos partícipes de las propias experiencias con el mundo, sobre todo las del amor, la solidaridad y la generosidad. En fin, hombre y mujer, amigos comunes de sí y de los otros, se entregan, se abren, se solazan y facilitan el intercambio de sueños, conquistas y expectativas con las otras parejas, además de que contribuyen al encuentro de los solitarios para procurarles alternativas hacia las aventuras del amor –como en el caso de Virginia y el innominado amante, quienes se conocen en la casa de aquéllos, socializan vínculos sentimentales, contraen matrimonio y caminan hacia la vida perdurable.

Con el antecedente de unos padres difuntos –ella, una esposa sumisa e invisible, salvo para atender el aliño doméstico y la reproducción; él, un esposo dictatorial y ausente en el cuidado y la formación de los descendientes–, para uno, y de una carencia de datos sobre sus raíces familiares, para la otra,

⁶ En adelante, sólo se indicará el número de página entre paréntesis.

el hermano y la cuñada de Virginia, a su manera, han concretado otra vida perdurable, muy similar a la de los amigos comunes de ésta, incluso en el hecho de carecer de descendencia (218). Ambas familias anclan en el amor altruista: los amigos comunes se asocian con los otros mediante las festividades y la solidaridad; y el hermano y la cuñada, a través de la acogida de Virginia y su hija –acogimiento que hace del conyugal un grupo consanguíneo–. Esta familia difiere de la otra en cuanto a los vínculos con el exterior: si bien no rechazan lo social, optan más por lo privado, aunque sin develar dato alguno de lo íntimo, nutrido probablemente con una sexualidad, un erotismo y un amor adecuados a sus personalidades sosegadas, proclives a la comprensión, la prudencia y la discreción. El ámbito de una casa citadina, con apenas un “pequeño jardín” (218),⁷ es el marco donde la bonhomía de la pareja convierte en ternura la orfandad y la maternidad solitaria de Virginia; en compañía, cariño y cuidado, la ausencia paterna de la hija de aquélla; en amistad cálida, la inesperada presencia del innominado amante. Privacidad, seguridad, tranquilidad y afecto son las señas de identidad del hogar del hermano y la cuñada, porque eso es su casa: un hogar para la pareja, la niña, el visitante y Virginia. Ahí resguardan los anfitriones su amor sin estridencias; se refugia Virginia de las hostilidades del exterior; juega y sueña la niña; crecen la amistad, las confidencias y el intercambio de experiencias cotidianas de todos. Ahí también se planea la ceremonia matrimonial de la pareja protagónica y el viaje de bodas, imperando en el diseño del plan la discreción, la sencillez y el gusto por lo privado.

Otro hogar conyugal para la vida perdurable y el amor perenne es el del innominado amante de Virginia. Ante la ausencia del padre –ya muerto–, está presidido por la mamá, una cariñosa señora. En el informe a Virginia –dado tras apenas conocerla– sobre el origen de la familia y de la casa, se trasluce que el grupo regido por ella forma parte de la cultura androcéntrica, con linaje

⁷ Para García Canal, se trataría de una casa de la pequeña burguesía, ésa “donde se forja un tipo de pareja, una forma de ser hombre y de ser mujer, un tipo de sexualidad. Es también allí donde se construyen y se fijan los ideales del yo, se modelan los sentimientos, los gustos y las sensaciones” (1993: 17). Y agrega: “En este lugar para vivir se genera la trama de lo cotidiano, de las rutinas diarias, del aprendizaje de los sentimientos y de las relaciones. Es el primer espacio del hombre; es el punto de inicio, de arraigo, su primer ‘centro’ del mundo” (20).

consanguíneo y marcado por la herencia patrilínea:⁸ tuvo como fundadores y guías al tatarabuelo, al bisabuelo, al abuelo y al padre, quienes, en conjunto, hicieron del antiguo convento, primero, y del solariego “retiro en el campo” (229), después, un hogar. Eso recuerda y comunica la noble señora, y este acto de rememorar y transmitir marca uno de los roles femeninos de este hogar: el de ser las guardianas de la memoria. Se trata de un hermoso *heredar la vida*, “la historia de la familia” (228), una historia y una familia fundadas “cuatro generaciones atrás” (229), con la esperanza de hacerlo de una vez y para siempre, tal como procedieron –en su momento– los amigos comunes, el hermano y la cuñada de Virginia, pioneros de sus propias sagas. Con la finalidad de quitarle su condición amorfa al espacio, el tatarabuelo, el bisabuelo, el abuelo y el padre buscaron crear un universo de sentido, donde los individuos tuviesen los mismos criterios y los mismos valores (Augé, 2008: 39-40); un lugar para vivir, convivir, soñar, trabajar, cuidar fronteras, atesorar, morir, y que fuese, además, un “principio de sentido para aquellos que lo habitan” y un “principio de inteligibilidad para aquel que lo observa” (58), partiendo de “complicidades” en “el lenguaje” y de “reglas no formuladas” sobre el “saber vivir” (104); un sitio de residencia que expresara “la identidad del grupo” (51), y fuese “constitutivo de la identidad individual” (59); un monumento y símbolo “de la permanencia o, por lo menos, de la duración” (65), desde donde regodearse en el pasado y proyectar el porvenir. Así lo asume la señora, para quien la casa “Grande y vivida” (229) “tiene demasiados recuerdos”, entre ellos, “la muerte del padre, la muerte a los pocos meses de nacida de la que hubiese sido la hermana mayor de él” (228); la presencia intemporal de los perros, “tan abiertos y expresivos, tan seguros en la indiferenciada continuidad que desde su infancia pasaba en ellos de una generación a otra como si siempre se tratara de los mismos perros” (235), y algún mueble valioso, “ya fuese porque la madre lo relacionaba con algún acontecimiento particular o porque tenía una especial belleza” (228). Así lo asume también cuando –unidas en esa casa aislada de los avatares del exterior– le transmite los recuerdos a Virginia, a quien considera, desde el primer momento, la perfecta heredera y guardiana de “la historia de la familia”.

⁸ Por *linaje* debe entenderse “un grupo dotado de continuidad a lo largo de varias generaciones, siguiendo normalmente ‘la línea del apellido’” (Parsons, 1978: 32).

La transmisión del saber y del poder femenino en el interior del hogar inicia con la liga íntima entre las mujeres y la transferencia de una responsabilidad que, hasta ese momento, sólo le correspondía a la madre: cuidar el mundo afectivo del varón. Después, habrá de continuar con el recorrido por la casa –sala, pasillos, corredores, habitaciones, patios, cuartos separados de la cámara principal–, con las explicaciones sobre el significado vital de “retratos, cuadros y muebles” (228) y las recomendaciones sobre los perros, “como si deseara que Virginia viese la casa desde todos los ángulos posibles” (227), comenta el narrador omnisciente, focalizando lo relatado a través de la conciencia del protagonista. En justa correspondencia, ella, “[i]nsegura, pero sin mostrar ningún desconcierto, como si lo que veía fuera algo que hubiese esperado siempre” (228), acepta la herencia, el cariño de la madre y el momentáneo retiro de la casona, seguido del pronto retorno en compañía de su niña, “como si la primera visita hubiera dejado perfectamente determinado que volvería a la casa” (232). La transmisión, pues, se cumple, tanto que, aun “[s]in serlo verdaderamente, Virginia y su hija parecían ya parte de la casa” (236). La pertenencia total al hogar ocurrirá más tarde, cuando la madre enferme, agonice y muera.

Durante el proceso de la caída física, la madre resalta –por encima de parientes cercanos y lejanos, de servidumbre, médico y cura– la principalidad de Virginia: “es la única que sabe cuidarme” (236). Ella, por su parte, acepta el ineluctable destino, brindando sus cuidados, compañía y fortaleza a la enferma, quien, a su vez, continúa con la transferencia de recuerdos. El ofrecimiento y la aceptación de la herencia habrán de convertir a Virginia, más tarde, en la nueva señora de la casa, tal cual lo propone la mamá con sus últimos alientos: “la madre vivió todavía tres días más, buscando con los ojos a él y a Virginia cada vez que los abría y haciendo débilmente con la mano una seña que parecía querer indicar que se juntaran” (239). Antes de concretarse la nueva jefatura femenina de la familia, habrá de sobrevenir el deceso de la madre, a quien animales y flores reconocen como la gran señora y dueña de la casona. Muere en calma con ella misma y plena, gracias al cumplimiento cabal de sus proyectos de vida, entre ellos, el resguardo y la continuidad del hogar y el amparo afectivo del hijo, asumidos por Virginia, quien, además, se encarga de organizar el funeral, el sepelio y los rosarios, así como de rescatar del luto a su amado, cuyo vacío interior concluirá cuando aquélla acepte su propuesta matrimonial. Antes de ser guiada por los perros al reino de Tánatos,

la mamá ha asegurado –con tacto y finura– la vida perenne de la familia; ha honrado las tareas del fundador y sus continuadores; ha forjado un eslabón más de la identidad de su saga y de su hogar; ha conquistado para sí el eterno *requiescat in pace*.

Con las búsquedas y concreciones de tres familias, Juan García Ponce tramó otras tres historias, entreteljadas entre sí y protagonizadas, respectivamente, por la niña, el varón y Virginia. Cada uno de estos personajes cruzará territorios yermos o cultivados antes de lograr las preseas de una existencia estable, tranquila y amorosa: conquistas que le dan a *La vida perdurable* –al unirse con las historias de los amigos comunes, del hermano, la cuñada y la madre– la tonalidad de una novela breve, eufórica e inusual en la narrativa mexicana.

Nacida del desamor –pues fue concebida por los caprichosos impulsos sexuales de una mujer y un hombre jamás atados a las convocatorias del erotismo ni del amor, y, salvo por el tío materno, sin antepasados directos, en tanto adolece de padre, al que Virginia “nunca había vuelto a ver” (214), y de abuelos paternos y maternos, desconocidos aquéllos y ya fenecidos éstos–, la niña, “de nueve o diez años” (215), subsistirá gracias al cariño y la ternura de Virginia, del hermano y de la cuñada. Estos últimos le proporcionarán un hogar y –junto con la madre– cuidados, atenciones, cariño, educación, alimento, compañía, diálogo y ayuda, salvaguardándola de los arañazos de la orfandad paterna y de la inexistencia de ancestros. Inicia, así, un breve camino hacia la alegría y la estabilidad emocional y afectiva que la niña recorrerá animosa y alborozada, gracias a la emergencia de un amigo inesperado –a quien “desde el principio” había “tomado por un seguro protector en el que tanto ella como su madre podían contar abandonándose a su amistad” (224)–, que, más tarde, se convertirá en su padre amoroso y confiable; al encuentro con la comprensiva, sensible y prudente madre del amigo reciente, que duplicará los dones recibidos en el hogar del hermano y la cuñada; a la consolidación de una nueva familia, integrada por ella, el varón y Virginia –estos últimos tan enamorados y generosos que “habían sabido [...] crear para ella una vida dentro de la que todo se desenvolvía con el natural y callado movimiento de un lento río” (263)–. Maculada por unos orígenes difíciles, por decir lo menos, arribará, después de varias peripecias, a un paraíso: la casona protegida –real y simbólicamente– por los celosos perros de su padre adoptivo, quienes la reciben como compañera de años, la protegen y la acompañan en juegos y correrías por la casa, las habitaciones, los patios, la huerta.

No es la niña, sin embargo, una simple receptora de beneficios; también es replicante de dones y nueva savia para la vida. Como replicante, será manantial de juegos, bullicios, caricias y ternura para el hermano de Virginia y su esposa –con la que cubre su carencia de descendientes–; de compañía, diálogo, apoyo y amor para Virginia; de amistad y confianza para el amigo a quien ella, un día, “echándole los brazos al cuello con auténtico cariño”, habrá de darle “un largo beso en la mejilla” (232); de intimidad y confidencias para la mamá de su amigo y de lazo de unión para la pareja de amantes. Como renovadora de la vida, además de convertirse en nueva cómplice de travesuras y algarazas de los perros, será aire fresco y un movimiento incesante para la casona y sus habitantes, pues, tal como lo informa el narrador, su bulliciosa presencia “dentro del espacio inmóvil de la vieja habitación” era “una especie de rompimiento que abría el tiempo muerto de las lentas conversaciones creando un ritmo distinto” (234).

En fin, la niña –herida por el abandono del padre biológico y la inexistencia o la defunción de los abuelos, y feliz por los halagos y dones venidos de su madre, tíos y amigos– alcanza una existencia plena y venturosa, lo que sugiere que, en los años por venir, habrá de convertirse en una mujer íntegra, madura, consciente de sus límites y alcances, y una digna sucesora de las hermosas dueñas de la casa –idea confirmada cuando, ya muerta la señora y realizada la boda de sus padres, recibe como herencia el “cuarto de la madre, donde habían decidido que dormiría” (254).

La historia de Virginia y del futuro esposo forma un dúo indisoluble. Nace con el encuentro inesperado y la emergencia súbita del amor romántico, esto es, “la existencia de un solo amante romántico perfecto para cada individuo” y “la posibilidad de reconocer a este amante por vía subjetiva, incluso en el primer encuentro” (Linton, 1978: 26). Tal tipo de vínculo afectivo-emocional tiene su base en “la reciprocidad de sentimientos y deseos carnales” (Roudinesco, 2004: 19-20) o, si se desea, en “el amor y la pasión, antaño reservados a los amantes” (106). Después del encuentro y el flechazo, ambos protagonistas –altamente satisfechos con sus deslumbramientos erótico-sexuales– caerán en inseguridades y temores que, una vez superados, confirmarán “la fusión de la pasión sexual”, la satisfacción de “la interdependencia mutua” (Benedek, 1978: 156), el enriquecimiento del respeto recíproco, de la estima por el otro y de la autoestima; el aumento de la ternura, la comprensión y la camaradería, para dar paso a la individualidad gozosa y la pareja segura, basamento

del matrimonio ideal y la familia permanente, libre, igualitaria, deferente y feliz. Cumplen, de esta manera, con el tránsito del amor romántico al de tipo maduro y sopesado, ése que ha ajustado las coincidencias y diferencias de la pareja –pasos necesarios para fundar una familia de dulzuras y raigambres.

El protagonista es un hombre con las manos llenas de bendiciones. En su historia, la muerte ha sido una presencia leve que no se ha vuelto un luto eterno, pues los antepasados varones cumplieron a cabalidad sus ciclos, dejando tras de sí únicamente bienaventuranzas, y la hermana mayor se fue a los pocos meses de nacida, antes del arribo de él, por lo que se convirtió en una presencia lejana, vital sólo en la memoria de la madre y los parientes cercanos. La vida, pues, ha sido magnánima: un padre responsable en lo económico, moral y ético, promotor de la independencia y la formación intelectual de su descendiente, efectuada en internados y universidades de “los [E]stados Unidos” (232); una madre crítica, pero respetuosa de sus decisiones, sumamente amorosa y compañera en las luminosidades y en las grisuras; unas “primas y primos” con los cuales compartió una “prolongada infancia” (232); amigos festivos y libertarios; él mismo, sosegado, exitoso y con un trabajo idóneo que le permite sostener económicamente la casona y gozar de libertades y satisfacciones. No hay espacio para los reproches a la dadivosa vida, sólo una carencia “planta ortigas en su derrotero”: la mujer con quien compartir preseas y recuerdos. Lo ha intentado –como bien señala la dama de los amigos comunes: “escuchó a la dueña de la casa preguntarle a Virginia, cuando creía que él no estaba cerca, si ya la había llevado a su casa” (223)–, pero ha fracasado, por dos posibles situaciones: las anteriores mujeres no cumplen con algunos de los aspectos que él considera importantes en cuanto a la sexualidad plena, el erotismo sin cortapisas y el amor absoluto; o bien, no empatiza con la madre, hecho revelado cuando, preparando la primera visita de la protagonista a la casona, le dice a su madre: “Virginia te va a gustar” (225), como si las anteriores jóvenes no lo hubiesen logrado. Permanece, así, en estado de incompletud –o de discontinuidad, diría Bataille (2000)–, hasta el encuentro con Virginia, donde hay una verdadera reciprocidad de sensaciones, sentimientos e intelectos. Con ella, alcanza la plenitud de pareja, no sin afrontar las penalidades propias de toda unión.

Beneficiario usual de la vida, el protagonista se topará azarosamente con Virginia durante una de las varias reuniones festivas organizadas por los amigos comunes. Ahí se produce el flechazo físico –“su belleza no le fue indiferente en

ningún momento” (214)—, aunque la continuidad del inesperado encuentro se habría perdido si la amiga no hubiese corregido los caprichosos giros del destino, pues, consciente del apocamiento de él ante desconocidos y de la hosquedad de ella ante cualquiera, interviene y propicia el contacto directo: “al despedirse, la dueña de la casa le había preguntado si podría dejar a Virginia de paso” (214). Sigue a esto el contacto espiritual, de donde se desprenderá el descubrimiento de afinidades y diferencias. Para el varón, este intercambio de identidades e historias personales afianzará el trallazo de la atracción inicial, llevándolo, primero, a los terrenos del erotismo y la sexualidad —sumamente satisfactorios—, y, después, a los del amor, esa “unión de dos seres sujetos al tiempo y a sus accidentes: el cambio, las pasiones, la enfermedad, la muerte”, unidad alimentada por la “afinidad en las ideas, los sentimientos o las inclinaciones” (Paz, 1994: 111). Nuevamente, aunque no sin enfrentar obstáculos y aficciones —cuya raíz no se halla en “los prejuicios morales y sociales, las diferencias de clase y la alienación”, sino en lo óntico (140)—, el protagonista caerá en los pliegues más suaves de la felicidad.

¿Cuál es el origen de los inconvenientes y dificultades en la búsqueda de la vida plena? Tiene nombre preciso: Virginia. Ella, con su presencia y modo de ser, lo obliga a preguntarse constantemente: “¿quién eres?”. Esa interrogante deriva de sus observaciones e intuiciones sobre Virginia. Desde el primer encuentro, él la percibe como una mujer “borrosa” (214), inaprehensible y evanescente, capaz de inquietarlo y desvelarlo. A esta percepción contribuyen, sin duda, “la intemporal belleza de su rostro” (216); “la deslumbradora inocencia de su rostro sin edad” (219); la docilidad rebelde; su “entrega sin entrega” (213), y su relato, sintético y con detalles suprimidos, sobre la existencia de la niña que “había tenido [...] sin casarse” (214), el alejamiento definitivo del padre de aquélla, la muerte de sus progenitores y el apoyo de su hermano y su cuñada, en cuyo hogar vive; una narración para “ocultarse revelándose” (214), correspondida con un resumen vivencial similar por parte del protagonista. Abonan también a esa primera imagen los sucesos vividos en apenas unos días (que ni siquiera conforman un mes): la doble búsqueda de Virginia —infructuosas ambas— en la casa de los amigos; la llamada telefónica de la joven a la casa de él; las dos visitas al hogar de ella; los diálogos afables con los anfitriones; las confidencias e indagaciones de uno y otra; las caricias casi culpables durante la primera salida (mezcla de “necesidad” y “rechazo”), seguidas de una exigencia femenina, verdadero arte de amar —“No me gusta

que me toquen. Yo lo quiero todo. Tiene que ser profundo como un árbol. Y absoluto” (217)—, y especialmente la entrega erótico-sexual durante la segunda salida, antecedida por la pregunta crucial de él: “¿Crees que podrías quererme?”, y la respuesta lacónica y tajante de ella: “Sí” (221). Mas, ¿por qué contribuyen, si cada hecho remite a la conjunción de la pareja feliz? Porque, además de que él no podía definir “qué era lo que deseaba en verdad de ella” (218), en cada encuentro siente, por momentos, un vacío entre los dos, una fractura invisible, una condescendencia obligada e insípida, un secreto inconfesable, una “entrega sin entrega”, sensaciones de inseguridad que no se desvanecen ni siquiera con la fusión amorosa, ese “minuto en el que se entreabren las puertas del tiempo y del espacio” (Paz, 1994: 131), que a ella la deja con el sentimiento de que “la unión no se había realizado y [de que] en su amor faltaba algo cuya naturaleza ignoraba” (222), y a él, con la idea de que “Virginia aún no era suya, a pesar de que todo los acercaba” (223). Pronto, mediante una toma de conciencia sobre sí, las sensaciones de incompletud del varón serán aclaradas por dos vías: por un lado, reconoce que no se ha dado a Virginia de manera absoluta, salvo en la intimidad erótica y sexual, pues le ha revelado poco de su pasado y de su identidad; por otro, no desea sólo la propiedad del cuerpo y las caricias de Virginia, sino también —para poder entregarse plenamente a ella— el conocimiento de su interior, de su alma y, sobre todo, del significado del padre de la niña en su vida. Corregir el primer aspecto será relativamente fácil, debido al auxilio materno (únicamente debe incorporar a Virginia a la casona); concretar el segundo, por otro lado, supondrá vencer un largo camino de dubitaciones y temores.

Las decisiones importantes suelen desencadenarse de manera simple; en el caso del protagonista, la pregunta de la amiga sobre si aquél había llevado ya a Virginia a su casa fue el detonante de una toma de conciencia. Aunque entreveró algunas minucias en sus diálogos —“que vivía con su madre en una antigua casa en la que nadie los visitaba fuera de sus tías y tíos” (214-215)— o confesó magramente su postura existencial —“Estoy contento con mi mundo” (219)—, donde campeaba a sus anchas el egoísmo y, sobre todo, el arraigo en el hogar confortable, no le explicitó puntualmente la importancia de éste en su ser ni la hizo partícipe de su pasado —un paso necesario si se aspira al amor y no sólo al rejuego de la carne—. Para él, esa toma de conciencia es el principio de la consolidación del amor, mientras que para ella inició desde la primera visita de éste a la casa del hermano y la cuñada. Esta epifanía es esencial,

pues implica la conversión de Virginia de puro objeto erótico-sexual en sujeto, en persona con alma y cuerpo; conversión importantísima, pues, como bien lo señala Paz, “[l]a noción de alma constituye a la persona y, sin persona, el amor regresa al mero erotismo” (1994: 129). Por fin, el varón intuye que “el amor exige como condición previa la noción de persona y ésta la de un alma encarnada en un cuerpo” (1994: 129). Guiado por esa intuición, comienza un proceso de entrega, es decir, de darse a Virginia no sólo como cuerpo, sino también como alma, espíritu e identidad; nace, así, el verdadero amor, que “consiste precisamente en la transformación del apetito de posesión en entrega” (1994: 117), y tiene, como punto de partida, “el secreto propósito de llevarla a esa casa” (224), que, al cumplirse poco tiempo después, no sólo permite a Virginia conocerlo en su esencia, sino que le revela al varón sus más íntimos deseos –entre ellos, además de la propia búsqueda de vida plena y perdurable, el darle continuidad a la historia familiar, a cuyo seno habrá de incorporarse la amada–. Hermosa doble aceptación: reconoce a Virginia como persona y se reconoce como tal él mismo. Así, los recibe la madre, quien, con naturalidad, confianza y familiaridad –tanta, que pareciera que la visitante fuese una amiga de toda la vida–, le ofrece la casona “de larga fachada”, “con su hilera de ventanas coloniales” (226), varias habitaciones, comedor, corredores, patios, cuartos separados de la casa principal, muebles, cuadros y retratos. Junto con los lugares, la madre le comparte la historia de la familia, desde su fundación, ocurrida “cuatro generaciones atrás”, hasta la maravillosa tarde en la que –después del recorrido por el hogar– los tres “tomaban otra taza de té en la sala” (229). Con Virginia, la madre ha creado una unidad, la cual extiende a la niña cuando la invita a volver, acompañada por ésta, para tener “toda la huerta para jugar” (230). El varón, por su parte, siente crecer su fusión con ella, sentimiento confirmado cuando la joven comenta, antes de unir su “sensualidad” con “el anterior deseo de él”: “Ahora te conozco mejor” (230). Después menudearán las confidencias del protagonista sobre su pasado; las visitas, conversaciones, intimidades y experiencias cotidianas de los cuatro –aunque la niña prefiera los juegos al aire libre, en compañía de los perros–, y el encuentro con los tíos, las tías y las primas, “que la fueron conociendo guiados por la madre” y que “quedaban por un motivo u otro encantados e incluso fascinados de una manera extraña por ella” (235). Para cuando “Virginia y su hija parecían ya parte de la casa”, la madre –como si sólo aguardara a su sucesora tanto en el cuidado y la continuidad de la historia de la familia

como en la protección amorosa del hijo— enferma y, bajo las atenciones de la joven, muere. El deceso impone la dura crisis del duelo, de la cual saldrá el protagonista gracias a la madurez, conducción y cariño de Virginia. Ella habrá de disolver el dolor venido de “la ausencia de la madre” (241), el mutismo y sensación de vacuidad del varón, recuperándolo para la vida, tal cual lo previó la madre. Una vez reconfortado, él le propondrá matrimonio y, ante la respuesta afirmativa, alcanzará un intenso estado de euforia. Simbólicamente, ratifican su amor frente a la recámara de la madre, y proyectan, además, un porvenir como pareja, explícito en la pregunta de la mujer —“¿Vamos a vivir aquí?”—, así como en la respectiva respuesta —“Es mi casa. Aquí está todo, toda mi vida”—, y en la posterior explicación del hombre —“Es lo que quiero: que sea tuya también” (243)—, todo ello acompañado por la presencia de la niña y los perros. Más tarde, el proyecto se concreta: planean con el hermano y la cuñada la ceremonia matrimonial, que se celebrará en la casa de los amigos. El tradicional viaje de bodas tendrá como destino final “la finca de sus parientes”, donde los aguardan “un criado viejo, al que reconoció enseguida”, y “una sirvienta a la que él también recordó” (248). Junto a ellos, arriban los “perdidos recuerdos de la infancia pasada en compañía de sus primos y primas, bajo la distante mirada de los padres de cada uno de ellos” (248), esto es, identidad y lugar anticipan la sensación interior de que “tenía a Virginia para siempre” (249) —no como propiedad, sino como persona—, seguida del arponazo del desasosiego, pues no comprende cómo ella es una (verdadera, real) en la intimidad, y otra (indefinida, borrosa) en el espacio público. Al no encontrar respuesta a sus desazones, sólo entrevé un sino posible, en el cual, nuevamente, resalta el sentido vital del hogar como identidad de los moradores y recinto del amor: “él deseaba que estuvieran instalados ya en su casa, esperando, sin advertirlo, que allí Virginia sería definitivamente suya” (249). Ese deseo se cumplirá, pero aún deberá vencer algunas dudas femeninas: ¿la niña evitará crear disturbios en la integración de la nueva familia?, ¿su hogar es también el de ella?, ¿es la usurpadora del lugar de la dueña de la casa o la genuina sucesora? Unas dubitaciones las aclara él; otras, los demás moradores y visitantes. Primero, él acepta, sin reparos, la presencia de la niña —su hija de tiempo atrás, por decisión natural de ambos—; después, ante el comentario de Virginia sobre si la casona es su residencia o no —explícita en la afirmación “tu casa”—, él aclara: “nuestra casa”, para recibir como réplica un contundente: “Eso es lo que quiero” (250). En cuanto a si es o no la sucesora legítima de la mamá, una

criada se encargará de poner las cosas en su sitio, pues, cuando recibe una orden de Virginia, apenas a su retorno del viaje de bodas, responde: “Sí, señora” (251). Tal reconocimiento se completará cuando, aunque han decidido previamente ocupar el cuarto de él en tanto alcoba conyugal, hacen el amor en la recámara de la madre y pasan ahí, también, su primera noche en la casona. En lo íntimo y en lo privado, la entrega y recepción del hogar como símbolo de la entrega y recepción de la identidad y del amor se ha concretado. Sólo se requiere, ahora, socializar dicha transferencia, lo cual también se cumplirá cuando, durante la primera visita del hermano y la cuñada para cenar, Virginia actúe “ante los demás por primera vez como dueña de la casa”, actitud reiterada “cuando los visitaban algunos de sus parientes” (255). De acuerdo con el narrador, a partir de este momento, “[e]n la casa, el movimiento del tiempo había entrado en un cauce seguro” (259), donde amigos, parientes, servidumbre y niña encuentran diálogo, cariño y compañía, sobre todo la infante, quien halla en su madre y padre apoyo contra sus miedos en la nueva casa y en la nueva familia, a lo que corresponde con la sonoridad de su alegría, el empeño en la ejecución de las responsabilidades escolares, el intercambio de experiencias cotidianas y, especialmente, el condimento que, sin imaginarlo, da a la liga amorosa, erótica y sexual de aquéllos. Todo lo posee ya Virginia; todo lo posee ya el varón. Sin embargo, pero, empero, no obstante...

Criatura nacida para la dicha, el hombre regatea a la dama sus dones. ¿Por qué? La respuesta tiene nombre: Virginia, cuyo ser interior, alma, espíritu y esencia no alcanza a aprehender. Desde el flechazo físico en la casa de los amigos mutuos y la comunión erótica-sexual en el hotel, durante la segunda salida de ambos, él la percibe como una gota de azogue: suave, tierna, moldeable y dócil, pero evanescente, escurridiza, ajena. Así será siempre, en todo lugar y en todo tiempo: ya sea en las impersonales habitaciones de algún hotel, en la casa de los amigos y en la del hermano y cuñada, en la finca o la casona, ya en la época de la soltería gozosa, en la fase matrimonial o el periodo de unidad familiar y de consagración de la pareja. No es sólo un difuso sentimiento masculino, sino una realidad agreste, aceptada incluso por ella. ¿Cuál es el origen? Él lo desconoce, pero, erradamente, lo supone; ella no y, por lo tanto, será quien aclare el enigma.

Durante el primer encuentro, inmediatamente después de retirarse de la casa de los amigos, Virginia le informa: “Tengo una hija” (214). Poco después, y a través del narrador, conocemos el resto de la historia: “él supo que aunque

para todas sus amistades ella estaba divorciada, Virginia había tenido esa hija sin casarse, nunca había vuelto a ver al padre” (214). Días más tarde, durante la primera salida, él vuelve a indagar: “¿Y el padre de tu hija?”, para recibir una pronta respuesta: “—Él no importa—dijo ella, y luego agregó—. Nunca he estado con nadie más después” (216). Esa respuesta es la raíz de las conjeturas masculinas: no ha estado con nadie más porque ese primer hombre lo ha significado todo para ella y, por tanto, le permanece fiel. Se volverá una inquietud interior tan persistente que se interrogará continuamente sobre ello, según se aprecia en su pensamiento cuando deciden compartir el alborozo de su cuerpo por vez primera: “se preguntó otra vez cómo habría sido el amor del que ella tuviera a su hija” (221). El desasosiego no amainará, ni siquiera con el paso del tiempo y la absoluta entrega erótico-sexual-amorosa de ella, sobre todo porque él siempre advierte un hecho irrevocable: Virginia es real y verdadera en la entrega, pero se fuga después. Se incrementa con ello su conjetura sobre el significado vital del padre de la niña en el alma de Virginia, aunque la joven pareciera no darle ningún sentido especial a ese hombre del pasado. No acepta del todo que ella haya borrado aquella presencia en su historia de vida, aunque sí coquetea con dicha posibilidad, como ocurre después de la primera visita a la casona, apenas concluida una de sus tantas plenitudes amorosas: “La recordó tal como la viera la primera vez en casa de sus amigos, bella e inaccesible, como si nunca hubiera conocido verdaderamente a nadie” (231). Gracias a que Virginia no guardó nada del varón primero, llega, después de la boda, el sentimiento de confort y sosiego del protagonista (aunque siempre asentado en terrenos porosos). Así, posterior a la firma del libro de actas del matrimonio y del “nuevo nombre” de la joven, aquél siente cómo “Virginia era ya la dueña de su casa” (247), que “tenía a Virginia para siempre” (249), “uno frente al otro, uno en el otro, sin nada que los apartara de la realidad de su amor” (257). Es una sensación frágil, sin embargo, pues, aunque ella constantemente reafirme su entrega, las dubitaciones vuelven. Mas todo concluirá con quien inició: Virginia abre su interior, ahíto de temores, y dona su esencia —“Yo lo quiero todo. Tiene que ser profundo como un árbol. Y absoluto”— a la de él, que también aspira a lo absoluto. Cuando interroga al varón sobre lo que anhela de ella, éste contesta: “Lo que no puede mirarse [...], lo que tiene que ser mío sin serlo para que yo sea tuyo, para que los dos seamos uno del otro desde fuera, tú lo sabes, es posible, es lo que es nuestro más allá de nosotros” (278). Previamente, ella, cuestionada, ha abierto las represas de su pasado, evidenciando sus miedos,

así como las causas de éstos: la familia de origen. Evalúa, en ese momento, su historia de vida, para concluir: “Antes de ti yo ni siquiera esperaba, era un puro estar” (277). El varón no suelta a la presa e insiste: “-¿Y antes todavía? ¿Antes de que naciera tu hija?” (277). Recibe, entonces, la verdadera raíz del ser femenino: “Creo que antes no existía. Lo tenía todo y no era nada. Era un juego protegido. Por eso tuve a la niña. Pero no sirvió” (277). Ya está todo confesado por ella y comprendido por él: la disfuncionalidad familiar –con un padre autoritario y aberrante y una madre apocada– hizo de ella una identidad inestable, quebradiza, evanescente e inclinada por una rebeldía inocua, de donde vino la práctica sexual incolora, inodora e insabora con el padre de la niña. Agrega que éste no tiene significado alguno; el rechazo paterno y la complicidad cobarde de su mamá, cuando tuvo lugar el nacimiento de la niña, la lastimaron, lo que la llevó a desconfiar de cuantos se le acercaban, tendencia confirmada con el abandono del padre de su hija, a quien ésta no parece importarle. Si ha sobrevivido a estos duros golpes vitales es porque los decesos de su mamá y papá no causaron impronta alguna; porque el hermano y la cuñada le brindaron cariño y apoyo; porque la niña se convirtió en manantial inagotable de ternura. Entonces, virginal una y receptivo el otro, aun con el malestar de sus exigencias y dudas, se hallan propicios para entregar y recibir el ansiado amor maduro, sopesado, absoluto y sellado cuando se unen sendas concepciones de vida. Ahora él tiene a “Virginia para siempre”, y ella a él.

¿Cómo llegó Virginia a estas confidencias y valoraciones, y a esta fusión con el amado? Primero, informó de la presencia de la niña con la finalidad de alejar al pretendiente en caso de que éste –aquejado de machismo– rechazara a toda mujer cuyo cuerpo no fuese virginal; después, dio detalles escuetos de su pasado, señalando –si bien crípticamente– la disfuncionalidad de sus padres y la insignificancia del progenitor de la niña en su universo afectivo; posteriormente, comentó los horizontes de su identidad: “Yo no tengo lugar” (215); más tarde, disfrutó con naturalidad el cariño de la madre de él –lo que motivó una indisoluble unión entre ambas, tanto que fue su única compañera cuando enfermó y murió, y se convirtió, además, en su heredera de recuerdos y sucesora en el hogar–; enseguida, guiada por la plenitud identitaria, amorosa, erótica y sexual con el protagonista, aceptó el matrimonio, el viaje de bodas y la vivencia en la casona, en donde habría de convertirse, como lo marca la cultura androcéntrica, en la señora de la nueva familia; finalmente, venció sus temores, cedió parte de su visión sobre la vida y el amor, y fusionó su ser con el de él. Durante este largo

trayecto, el miedo a los otros –considerados fuente de sufrimiento– dominó a Virginia y la obligó a aislarse de todos ellos, salvo de aquellos en quienes advertía clarísimos signos de ternura y empatía –sus amigos, el hermano, la cuñada, la niña, el protagonista y la madre de éste–; así, pese a todo, les regateará parte de su ser íntimo. Vencer ese miedo, casi terror, por momentos será necesario en sus aspiraciones de conquistar una personalidad madura y propositiva; una identidad estable, y una liga amorosa plena y duradera. Nadie puede ayudarle directamente en la tarea, pues sus fantasmas sólo rondan en su imaginario individual. Será una difícil batalla, desarrollada en un campo de lides usual para todo ser concentrado en sí mismo: el cuerpo y la conciencia.

Nacida de la disfuncionalidad familiar, vacía de afectos y sensaciones, y dañada por el rechazo de un padre machista –incapaz de comprender y apoyar el embarazo fuera del matrimonio– y una madre sumisa, más el inocuo y circunstancial sexo con el padre de la niña, Virginia habrá de desplegar una fuerte tendencia al aislamiento y al desapego, así como un intenso miedo a confiar en los otros. Esta propensión y los temores serán paliados por amigos, parientes y amado, pero sin tocar las raíces de su ser verdadero. La inestabilidad interior reinará en el alma femenina, incluso por encima del amor, hasta que ella encuentre un punto de apoyo desde donde mover el mundo. Tal base la hallará en el varón, aunque por ello deba pagar con renunciaciones y reorientaciones de los deseos.

En la casona donde mora después del matrimonio, las intuiciones masculinas sobre el alma tornadiza de Virginia se incrementarán, pese a que no logre, durante un tiempo, determinar ni su origen ni el modo de auxiliarla en la conquista de un ser firme y luminoso. A su vez, los perros de la familia percibirán la inestabilidad emotiva y los temores, por lo que desarrollarán una notoria hostilidad. Este comportamiento resulta inusual en ellos, pues normalmente son compañeros de danzas y andanzas del protagonista, guardianes del hogar y sus residentes, intermediarios de los visitantes y juguetonas mascotas. Sin embargo, en Virginia perciben el miedo y la ambivalencia, lo cual los lleva a tornarse casi salvajes con ella. No les resulta confiable, sobre todo, si va a constituirse en la sucesora de la dueña de la casa y en la compañía íntima del amo, de cuyo cariño los desplaza. Virginia, por su parte, aunque les teme, acepta su calidad de guardianes y de amantes incondicionales de su hija y esposo. Más aun: una para sí y otra muy distinta para los demás, Virginia halla en los perros una correspondencia, un espejo, en tanto éstos también

son unos para quienes aman y otros para quienes los amenazan. Debido a esa coincidencia, establece con ellos un vínculo de fobias y filias, lo que permite observar cómo convierte su ser ensimismado y tornadizo en ser participativo y estable: les teme y les rehúye, y, al mismo tiempo, le repugnan por sus costumbres alimentarias, donde prima lo crudo. Pese a temerles, los acepta, impulsada por el cariño y fidelidad que brindan a su familia: condesciende a sus toscas caricias, se liga a ellos y se vuelve frecuente que éstos busquen su “compañía aun cuando él y la niña estuvieran en la casa” (267). Ese nexo dual concluirá cuando las fobias desaparezcan y dejen su lugar sólo a las filias, previo a la fusión absoluta con el amado.

La unidad con el otro iniciará cuando busque el “encuentro definitivo” (264) con él. Guiada por ese propósito, una noche sale del cuarto conyugal y deambula por el corredor y por el patio. Es un fantasma, “una aparición”, “callada y etérea, sostenida por la transparente luminosidad del camisón”, avanzando como “si sus pies no tocaran el piso” (265). Dubitante en algunos momentos, segura en otros, sale de “las sombras cambiantes del patio hacia la luminosidad del estudio” (265), desde donde él la contempla, es decir, abandona el reino de Tánatos para integrarse al de Eros. Cuando arriba al umbral del estudio, los perros sienten el aura mortuoria en ella y asumen su postura de guardianes: “se revolvieron inquietos a su alrededor, abandonando el reposo en que se encontraban anteriormente para levantar las pesadas cabezas y parar las orejas, a la expectativa. Uno de ellos empezó a gruñir levemente, amenazador” (265). Se trata de una actitud defensiva ante el hálito del mal, aún amo y señor de la joven. Sólo cambiarán esa hostilidad cuando ella exprese su franca solicitud de apoyo y protección –“Quería verte”– y él, envuelto por la inmóvil figura de ella, “atemorizada, mirándolo a él con un claro gesto que mostraba su necesidad de ayuda” (266), contenga, furioso, a los animales. La protege de la agresividad canina, mas no de sí misma. En ese momento, Virginia vuelve a un estado previo al enfrentamiento con el mal: se halla, otra vez, evanescente y aislada, lo que la lleva a perder “el estado de ánimo que revelaba toda su figura mientras la vio avanzar como si alguien la guiara por el patio y luego abrir la puerta” (266). Su amado no capta el sentido real de la ayuda solicitada, es decir, el resguardo de sí misma; quienes sí lo hacen son los perros: no sienten ya el mal en el cuerpo de la joven, sino el sufrimiento y la carencia de centro, y buscan, solidarios y amorosos, consolarla. Se desvanece, pues, este primer intento de fusionarse con el otro; no así el anhelo de lograrlo.

La falla en esa primera tentativa viene de buscar en el amado la fortaleza sin, previamente, confrontarse con ella misma y hallar su centro vital. Cuando retoma por segunda vez la búsqueda de unidad con el varón, ya ha descubierto que tiene varias, aunque complementarias, maneras de ser. Ella tratará de revelarle esa esencia, para lo cual aprovechará la circunstancial fiesta en casa de los amigos mutuos. Durante el acicalamiento, por el peinado, el barniz en los labios y el atrevido vestido negro, él la percibe “como si su imagen tuviera un carácter doble”, “como si fuese una nueva persona” (268). Y así es. Desde ese momento, aunque sin desplegar plenamente su ser ante el varón, ella le dice: soy “ajena e independiente” de ti, de todos; soy superficial o comedida o festiva o coqueta, si se requiere, con la finalidad de formar parte de los otros. Más tarde, ya en la fiesta, mientras ella departe con anfitriones e invitados, él confirma su transformación. Le agrada, lo conquista, le augura seguridad, estabilidad y permanencia: “la conducta de ella, que por primera vez parecía obedecer a un propósito inconsciente, le hacía sentir a él que a través de ese momentáneo alejamiento estaba buscando algo y en vez de alejarlos, su actitud los acercaba” (269). Él saldrá de la fiesta con esa mujer naciendo nuevamente. Es ahora el momento de la consolidación del ser femenino verdadero. Seductora y sensual, lo sumergirá en el “pesado sentimiento de encontrarse fuera del tiempo”; lo hará “sentir que esperaba algo sin decidirse a formularlo, como si deseara que lo que ella quería naciera de él” (270). Bajo el influjo de esa magia, arribarán a un hotel, donde Virginia, “acercándosele de una manera nueva y conocida al mismo tiempo, como si estuvieran juntos por primera vez, pero cada una de sus actitudes repitiera otra ya realizada” (270), se le entregará una y otra vez, sin alcanzar a envolverlo del todo. ¿Por qué? Porque ella es virginal, inocente, pura; porque él la quiere así, pero también atrevida, sin pudor, carnal, de naturaleza indómita, inmensa estepa verde. Esa diferencia hace caer “el rompimiento que Virginia buscaba” (271), esto es, concretar una intimidad sin cortapisas, donde ambos dieran todo de sí, sin perder cada uno su esencia. En síntesis, dos absolutos no acuerdan. Es más, cada encuentro erótico-sexual los enfrenta “como si el inagotable deseo que existía entre los dos entregándolos a su realización los perdiera” (271). Falla, así, la segunda tentativa. Sin embargo, el amor sale ileso, aunque aguarde, para su plenitud y perdurabilidad, que alguno de los dos ceda a las peticiones del otro, renuncie a ciertos deseos o reoriente sus búsquedas. Él lo asume de esta manera:

Pensó que en verdad nada había cambiado entre los dos, sino que, al contrario, era su necesidad de estar por completo uno en el otro la que se había intensificado hasta tal extremo que sin advertirlo lo que se exigían era estar más juntos y sólo deberían aceptar el verdadero espacio de su amor. (271-272)

Por su parte, ella optó por aguardarlo pacientemente para, “con una nueva dulzura, abierta y suave” (277), arrancarle del desasosiego, el aislamiento y el sinsentido que le había impuesto la experiencia inarmónica en el hotel. El amor libra el desencuentro erótico-sexual en el hotel, pero ellos, no. Para recuperarse y caminar hacia la plenitud, recurrirán a su cultura familiar, es decir, aceptarán los roles que el androcentrismo les dicta: ella cede a las pretensiones amorosas masculinas, mientras él impone su visión sobre la sexualidad y el erotismo en tanto bases del amor perdurable. Es así como concretan la felicidad y destierran el sufrimiento. Ya hay acuerdo, y pareja, y familia, y cuento de hadas con final feliz, resguardados por los fieles animales, representantes de los antepasados y emblemas de la casona: “Virginia abrió la puerta y dejó entrar a los perros” (278). La conformidad de ambos le da savia a la propuesta narrativa de García Ponce: el trinomio lugar/identidad/amor en el derrotero de la pareja y en la búsqueda de la vida perdurable es esencial e inobjetable.

¿Qué nos deja la glosa de una de las creaciones menos atendidas por lectores y críticos de Juan García Ponce? Concluimos que, con el afortunado despliegue de recursos técnicos y retóricos –*verbi gratia*, el inicio *in medias res*; el apoyo de las continuas analepsis; la convocatoria del narrador omnisciente a focalizar los hechos desde la perspectiva del protagonista varón; la escritura inclinada por las descripciones puntuales y detallistas, así como por la persistente presencia del oxímoron–, y con la historia tramada a partir de las inseguridades y temores de una pareja en busca de la plenitud amorosa y la felicidad compartida con los otros, más el trinomio lugar/identidad/amor, arribó a *La vida perdurable* el halago del androcentrismo en la cultura mexicana; de la familia, la pareja y el individuo ideales –e idealizados– gestados por ese androcentrismo, y de las transformaciones individuales femeninas y masculinas para concretar el amor venturoso. Eso vino con *La vida perdurable*, “nada más y nada menos” –habría dicho Juan Vicente Melo, amigo y admirador de Juan García Ponce–, aunque, en el universo androcéntrico, el *menos* sea el santo y seña de la mujer, y el *más*, el del hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (2008), *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- Bataille, Georges (2000), *El erotismo*, Barcelona, Tusquets.
- Benedek, Therese (1978), “La estructura emocional de la familia”, en Erich Fromm, Max Horkheimer, Talcott Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Ediciones Península, pp. 149-176.
- Díaz y Morales, Magda (coord.) (2006), *Homenaje a Juan García Ponce: Imagen primera y La noche cincuenta años después*, Xalapa, Instituto Veracruzano de la Cultura/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Freud, Sigmund (2004), *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial.
- García Canal, María Inés (1993), “La casa: lugar de la escena familiar”, en Ignacio Maldonado Martínez (coord.), *Familias: una historia siempre nueva*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, pp. 15-32.
- García Ponce, Juan (1997), *Novelas breves*, prólogo de Hernán Lara Zavala, México, Alfaguara.
- Gliemmo, Graciela (1997), “*Crónica de la intervención: el desnudo de una escritura*”, en Armando Pereira (selec. y pról.), *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Era, pp. 169-179.
- González Vázquez, Araceli (2013), “Los conceptos de patriarcado y androcentrismo en el estudio sociológico y antropológico de las sociedades de mayoría musulmana”, *Papers. Revista de Sociología*, vol. xcvi, núm. 3, pp. 489-504.
- Linton, Ralph (1978), “Introducción. La historia natural de la familia”, en Erich Fromm, Max Horkheimer, Talcott Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Ediciones Península, pp. 5-29.
- Magaña G. Cantón, Isaac (2015), “Juan García Ponce en *La noche e Imagen primera: una aproximación*”, en Magda Díaz y Morales (coord.), *Homenaje a Juan García Ponce: Imagen primera y La noche cincuenta años después*, Xalapa, Instituto Veracruzano de la Cultura/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 9-39.
- Moreno-Durán, Rafael Humberto (1997), “Juan García Ponce: la escritura como pasión y liturgia”, en Armando Pereira (selec. y pról.), *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Era, pp. 180-194.

- Parsons, Talcott (1978), “La estructura social de la familia”, en Erich Fromm, Max Horkheimer, Talcott Parsons *et al.*, *La familia*, introducción de Ralph Linton, Barcelona, Ediciones Península, pp. 31-65.
- Pavón, Alfredo (2015), “Vida y literatura en ‘Reunión de familia’”, en Magda Díaz y Morales (coord.), *Homenaje a Juan García Ponce: Imagen primera y La noche cincuenta años después*, Xalapa, Instituto Veracruzano de la Cultura/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 125-143.
- Paz, Octavio (1994), *La llama doble. Amor y erotismo*, México, Seix Barral.
- Pereira, Armando (selec. y pról.) (1997), *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Era.
- Rivas Vélez, José Luis *et al.* (1998), *Juan García Ponce y la Generación de medio siglo*, presentación de Magda Díaz y Morales, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Roudinesco, Élisabeth (2004), *La familia en desorden*, Barcelona, Anagrama.
- Schrecker, Paul (1978), “La familia como institución transmisora de la tradición”, en Erich Fromm, Max Horkheimer, Talcott Parsons *et al.*, *La familia*, introducción de Ralph Linton, Barcelona, Ediciones Península, pp. 275-296.

ALFREDO PAVÓN: Es doctor en Teoría Literaria por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Actualmente, se desempeña como investigador del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana, y como editor de la revista *El Pez y la Flecha*. Se dedica al estudio de la narrativa mexicana de los siglos XIX, XX y XXI, con especial atención en el cuento. Ha publicado *El universo del relato literario (El sentido narrativo de Polvos de arroz)* (1984), *El presente insoportable. Soliloquio de la solterona* (1990), *De mujeres y hombrecitos* (1993), *Cuento de segunda mano* (1998), *Ojo insomne* (1999), *Te llamamos Federico* (2002), *Al final, reCuento 1. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837* (2004), *El presente insoportable* (2004), *Fastos nefastos (Ensayos sobre narrativa mexicana)* (2012) y *La narrativa breve en México (1805-1810)* (2020). Actualmente, tiene en preparación *La narrativa breve en México (1810-1816)*.

D. R. © Alfredo Pavón, Ciudad de México, enero-junio, 2023.